

CAPÍTULO XIX

Heródoto.

Heródoto, hijo de Lixes, nació, según noticias fidedignas ¹⁾, el año 1 de la 74.^a Olimpiada, 484 a. Chr., entre la primera y la segunda guerra médica. Como su familia era una de las más importantes de Halicarnaso, se halló mezclado bien pronto en las discordias intestinas que minaban aquella ciudad entonces gobernada por los descendientes de Artemisa, la heroína valerosa que en la batalla de Salamina peleó con tanto arrojo que Jerjes la declaró único hombre entre muchas mujeres. Ligdamis, nieto de Artemisa é hijo de Pisindelis era enemigo declarado de la familia de Heródoto; dió muerte á Paniasis, según parece tío materno de Heródoto y uno de los restauradores de la poesía épica; y el mismo Heródoto se vió obligado á salir de Halicarnaso hacia la 82.^a Olimpiada, 452 a. Chr.

Entonces se refugió en la isla jónica de Samos, donde acaso tenía algunos parientes ²⁾, y la cual debe ser considerada como su segunda patria. Numerosos pasajes de su obra demuestran bien á las claras cuán informado estaba de mil particularidades y detalles de la isla y de sus moradores, y que se complacía en poner de relieve la parte que Samos tomó en los más importantes acontecimientos. En Samos fué indudablemente donde Heródoto adquirió ese espíritu jónico que alienta y anima todas las páginas de su historia, y desde Samos también emprendió la tarea de librar á Halicarnaso del yugo de Ligdamis; Heródoto logró lo que

¹⁾ Pamfila en Gelio, *Noct. att.*, 15, 23. [Véase en el cap. XVIII la adición á la nota 7 de la pág. 38].

²⁾ También Paniasis es llamado samio.

se proponía, pero las discordias entre los partidos popular y aristocrático pusieron nuevos obstáculos á la completa realización de sus generosos proyectos, y por segunda vez tuvo que abandonar su patria.

Pasó los últimos años de su vida en Turio, gran colonia griega de Italia, á la cual tantos hombres distinguidos habían confiado su fortuna. No hay que inferir de aquí que Heródoto fuese uno de los primeros colonos de Turio, pues por una parte es indudable que nuevos griegos fueron sucesivamente aumentando el número exíguo de los colonos primitivos, y por otra es igualmente cierto que el hijo de Lixes no pudo ir allá hasta después de comenzada la guerra del Peloponeso; que al principio de esta guerra vivía aún en Atenas ¹⁾ lo demuestra el que al describir una ofrenda existente en la acrópolis, señalaba el sitio que ocupó refiriéndose á los propileos ²⁾, los cuales no fueron terminados hasta el año en que comenzó la guerra á que aludimos. Está también fuera de toda duda que en Heródoto ejercieron directísima influencia las ideas difundidas en Atenas por los estadistas de la escuela de Pericles, acerca de las recíprocas relaciones de los Estados griegos. Él también creía que Atenas, después de sus grandes hechos en la guerra con los persas, no merecía ser tan envidiada é insultada por todos los griegos, precisamente en los comienzos de la guerra del Peloponeso ³⁾. Heródoto se estableció tranquilamente en Turio, y allí pasó los últimos años de su vida, que consagró por entero á escribir su historia. Por esto los antiguos le llaman á menudo el turio ⁴⁾.

¹⁾ [Más verosímil es la opinión según la cual Heródoto contribuyó á la fundación de la colonia de Turio, ó que fué á ella á poco de fundarse, y que más tarde, en los comienzos de la guerra del Peloponeso, volvió á Atenas.]

²⁾ Heródoto, 5, 77.

³⁾ Véase Heródoto, 7, 139, y Tucídides, 2, 8.

⁴⁾ [No debe interpretarse este aserto en el sentido de que Heródoto escribiese su obra en Turio. Plinio, *Histor. nat.*, 12, 18, sostiene esto, al paso que Suidas afirma que Heródoto la compuso durante su estancia en la isla de Samos. De las investigaciones de Kirchhoff acerca de la época en que Heródoto escribió su obra histórica, en los *Abhandlungen der Berliner Akademie*, 1868 y 1871 (en la 2.ª edición, Berlín, 1878), se desprende como más verosímil la opinión de que la historia de Heródoto vió la luz gradual y sucesivamente y que los últimos libros fueron compuestos en Atenas. Una verdadera dificultad no resuelta hasta ahora ofrece la cita del comienzo de la obra por Aristóteles, *Retórica*, 3, 9, donde llama á Heródoto turio; calificativo que no le dieron sino escritores posteriores. Véase sobre este particular á Estrabon, 14, p. 656.]

En esta brevísima noticia de la vida de Heródoto no hemos hablado de sus viajes, que tan estrechamente se relacionan con sus trabajos científicos. El historiador no emprendió sus múltiples é importantes viajes con ocasión de especulaciones mercantiles ó de misiones políticas, sino por puro y desinteresado amor á la investigación y á la ciencia. En Egipto llegó hasta Elefantina; en Libia hasta cerca de Cirene; visitó también Fenicia, Babilonia y quizá Persia, los Estados griegos del Bósforo cimeriano y el vecino país de los escitas, la Colquide, numerosas ciudades de Grecia y de la Italia meridional, donde residió algún tiempo, y muchos templos, incluso el de Dodona, tan lejano del centro de la Grecia. Sirvióle de mucho en estos viajes su calidad de súbdito del rey de Persia, como ciudadano de Halicarnaso; porque un ateniense ó cualquiera otro griego de ciudad que se encontrase en guerra con los persas, habría sido tratado como enemigo y vendido como esclavo. Infírese de todo esto que Heródoto dió principio á sus expediciones, por lo menos á las de Egipto y Asia Menor, en su juventud.

Heródoto no hizo evidentemente sus investigaciones sin el propósito de comunicarlas á sus conciudadanos; pero es muy dudoso que desde entonces abrigase también el designio de agregar las noticias relativas al Oriente y Grecia á la historia de las guerras médicas y de formar con todo ello un solo volumen. Si se considera que plan tan complicado y vasto no se había visto nunca realizado hasta entonces en la historiografía griega, se comprenderá que no surgiera en la mente del historiador sino lenta y sucesivamente á medida que avanzaba en sus investigaciones, y que en su juventud no pensase sino en hacer una obra como las de Hecateo, Caron y otros de sus predecesores y contemporáneos. Más tarde, el mismo Heródoto acababa apenas de dar la última mano á su obra, cuando pensaba ya en escribir un libro exclusivamente consagrado á la Asiria (*Ἀσσύριοι λόγοι*), y parece que, en efecto, existía en tiempo de Aristóteles ¹⁾. En realidad, Heró-

¹⁾ Aristóteles, *Historia animalium*, 8, 20, 2, p. 601, b 1, menciona el sitio de Ninive relatado por Heródoto (pues aunque en los manuscritos se lee más bien Hesiodo, es el de Heródoto el nombre más probable). Este es evidentemente el asedio que Heródoto, 1, 106, promete referir en su obra especial acerca de la Asiria (véase 1, 184). [Kirchhoff combate con razón este aserto en los *Abhandlungen der Berliner Akademie*, 1868, p. 3, donde sostiene, fundándose en la palabra *πεποιήκε* usada por Aristóteles, que sólo puede referirse á un poeta.]

doto habría podido escribir con las noticias que coleccionó en su obra sobre el Egipto, la Persia y la Escitia, otros tantos libros independientes denominados Egipcíaca, Persiaca, Escitiaca; lo cual indudablemente habría hecho si se hubiera limitado á seguir el derrotero abierto por los antiguos logógrafos ¹⁾.

Dícese ²⁾ que Heródoto leyó su historia en las fiestas públicas; cosa después de todo muy creíble, porque los escritores de aquella época cuando terminaban una obra á la que habían dado forma delectable, contaban siempre para sus éxitos, más que con la lectura privada, con la declamación. Tucídides tacha á los historiadores que le precedieron, de hombres que buscaban el efímero aplauso de la multitud que les escuchaba ³⁾. Los antiguos cronógrafos han conservado la fecha exacta de una lectura pública verificada en las grandes Panateneas en Atenas el año 3 de la 83.^a Olimpiada, 446 a. Chr. (cuando Heródoto tenía treinta y ocho años); y en la colección de plebiscitos atenienses había un decreto propuesto por Anito (*ψήφισμα Ἀνύτου*) concediendo á Heródoto una recompensa de diez talentos, que pagaría el tesoro público ⁴⁾. No es tan auténtica la lectura de Olimpia, y sobre todo lo que casi no tiene fundamento alguno es la anécdota según la cual Tucídides, niño aún, asistió á ella, y fué tal su emoción que comenzó á llorar. Aparte de las muchas inverosimilitudes que contiene esta versión, encuéntrase en la antigüedad demasiadas anécdotas destinadas á relacionar estrechamente entre sí escritores consagrados á los mismos estudios, para que pueda concederse crédito á semejante historieta, si no tiene en su abono más garantías de autoridad.

Las lecturas públicas de Heródoto, del género de las dadas en

¹⁾ [Probablemente estas denominaciones sólo fueron empleadas más tarde para designar partes de una sola y misma obra; como la división de la historia de Heródoto en nueve libros, correspondientes á las nueve Musas (en Luciano, *Heródoto*, I, aparecen por primera vez así nombrados), no trae su origen del mismo Heródoto ni guarda relación alguna con el plan general de la obra.]

²⁾ [Claramente certifica este hecho Jerónimo en el año 4 de la 83.^a Olimpiada: *Herodotus cum Athenis libros suos in concione legisset honoratus est*. Véase también el testimonio de Diylo en Plutarco, *De malignitate Herodoti*, c. 26.]

³⁾ Tucídides, I, 21.

⁴⁾ [El historiador Diylo] en Plutarco, *De malignitate Herodoti*, 26; [la afirmación de que se verificó la lectura en las grandes Panateneas, es pura hipótesis de José Scaligero, el cual se funda en una traducción mal hecha de la crónica de Jerónimo.]

las Panateneas, debieron limitarse á ciertas partes de su obra que ya debía tener terminadas, como por ejemplo, la historia y descripción del Egipto, ó las noticias que había recogido acerca de la Persia. Su gran obra histórica no debió acabarla hasta la época de la guerra del Peloponeso, pues todos sus libros, pero muy especialmente los cuatro últimos, están de tal modo plagados de alusiones y referencias á acontecimientos de las primeras jornadas de la guerra ¹⁾, que inducen á suponer que trabajó en aquellos años más asiduamente que nunca en la redacción de su obra. Es, sin embargo, bastante dudoso que viviese Heródoto en el segundo período de la guerra del Peloponeso y que continuara su trabajo en aquel tiempo ²⁾; aunque á su vez es evidente que prosiguió la confección de su obra hasta su muerte, pues aquélla está sin terminar. De otra suerte no habría motivo bastante que explicase por qué hablando de la guerra entre persas y griegos no llegó más que hasta la conquista de Sestos, sin mencionar siquiera acontecimiento alguno posterior de la lucha; tanto más cuanto que el historiador promete ³⁾ dar más pormenores de un suceso en otro lugar de la obra, y no se encuentran en ninguna de sus partes.

Todo el plan de la historia de Heródoto está basado en una idea que no puede decirse rigurosamente exacta, pero que se hallaba muy generalmente difundida en aquella época, y que á su modo desarrollaron los sabios persas y fenicios conocedores de la mitología griega: la idea de una antigua enemistad entre los helenos y los pueblos del Asia. Los sabios del Oriente consideraban los raptos de Io, de Medea, de Helena y las guerras que estos moti-

¹⁾ Tales son la expulsión de los Eginetes, la sorpresa de Platea, la guerra de Arquidamo y otros. Los pasajes de Heródoto, que éste no pudo escribir antes de aquella época, son: 3, 160. 4, 99. 6, 91, 98. 7, 170, 233. 9, 73.

²⁾ El pasaje 9, 73, en que dice que los lacedemonios en sus devastaciones de Atica respetaron siempre á Decelea y ni aun se acercaron á ella (*Δεκελῆς ἀκίχουσι*), no puede armonizarse con la toma de Decelea por Agis el año 3 de la 91.^a Olimpiada, 413 a. Chr. En otros pasajes de Heródoto, 6, 98 y 7, 170, se hallan también pruebas de haber sido escritos antes de aquella época. Por el contrario, no puede negarse que el pasaje 1, 130 parece referirse á la sublevación de los medas el año 1 de la 93.^a Olimpiada, 408 a. Chr. (Jenofonte, *Helénicas*, I, 2, 19); pero admitido esto, es extraño que Heródoto llame á Dario Notho simplemente Dario, sin calificativo alguno. *Véase Chr. Bär Jahns, *Fahrbücher* 1849, vol. 56, H. I, p. 4-11.

³⁾ Heródoto, 7, 213.

varon, como escenas de aquella gran lucha; y discutían, como si se tratase de un proceso, cuál de las partes había sido la primera en emplear la violencia y la fuerza. Heródoto, pasando rápidamente por estas antiguas leyendas, nos habla de Cresos, rey de Lidia, de quien él sabía que había sido el primero en tratar injustamente á los helenos, y refiere muy al pormenor las empresas de aquel rey y en general todas las vicisitudes de su vida, entre las cuales intercala, en forma de episodio, no sólo la historia de los reyes de Lidia anteriores á Cresos, sino que también varios importantes pasajes de la historia de los Estados helénicos y muy particularmente de Esparta y de Atenas. De esta suerte el autor llega al fin que se propone: pues al describir cómo los griegos fueron por primera vez sojuzgados por una potencia asiática, da á conocer el origen y progresos de los Estados que un día habían de libertar á los helenos. La toma de Sardes por Ciro le ofrece ocasión de presentar en escena al pueblo persa, y Heródoto relata cómo el gran imperio persa nació del meda y cómo se extendió y consolidó con la conquista de los pueblos del Asia Menor y de los babilónicos. Donde quiera que aparecen los persas en contacto por vez primera con otros pueblos, allí va también un relato más ó menos circunstanciado de la nacionalidad y de la historia de ellos; pues el historiador, como él mismo confiesa ¹⁾, trata de ampliar por medio de episodios su plan primitivo presentando un cuadro animado de las naciones beligerantes, combinado con la historia de la gran lucha entre Oriente y Occidente. Así, al narrar la conquista del Egipto por Cambises (en el libro II) describe muy al pormenor el país, sus habitantes y su historia, cuyo extenso relato tiene su razón de ser en la predilección especial que Heródoto profesaba á la antigua civilización egipcia. El autor prosigue menudamente la historia de Cambises, la del falso Smerdis y la de Darío (en el libro III), consagrando especial atención á las vicisitudes del poderío de Samos bajo Polícrates y de su trágico fin; porque precisamente por Samos comenzó á extenderse la dominación persa en las islas situadas entre el Asia y la Europa. Al mismo tiempo, las instituciones por Darío implantadas á su advenimiento al trono, proporcionanle ocasión de describir el imperio

¹⁾ Heródoto, 4, 30. Así, habla de los libios en el libro cuarto, sólo porque, á su juicio, la expedición del sátrapa Aryandes contra Barce iba en realidad dirigida contra todos los pueblos de la Libia. Véase 4, 167.

persa con todas sus provincias y sus cuantiosas rentas. Con la expedición de Darío contra los escitas (en el libro IV), que Heródoto considera como una venganza de las primeras incursiones de los escitas en Asia, el poder de los persas comenzó á extenderse en territorio europeo. Heródoto describe extensamente todo el norte de Europa, que sin duda conocía bastante mejor que Hecateo ¹⁾, y en seguida relata la gran expedición del ejército persa, que si no puso en peligro la libertad de los escitas, abrió por lo menos á los persas el camino de Europa. El imperio persa, que por un lado se extiende hasta los confines de la Escitia y por el otro hasta el Egipto y la Cirenaica, envía un ejército en auxilio de la reina Feretime que combatía con los Barceos, lo cual proporciona á Heródoto ocasión de describir, poniéndolas en parangón con las del norte de Europa, las costumbres de la Libia y la historia de Cirene. Mientras que el ejército persa, que había permanecido en Europa desde la expedición contra los escitas, somete (en el libro V) al yugo del gran rey una buena parte de la Tracia y el pequeño reino de Macedonia, causas relacionadas íntimamente con la guerra contra los escitas preparan en Jonia la rebelión que había de precipitar la lucha decisiva entre la Persia y la Grecia. Aristágoras, tirano de Mileto, solicita á este propósito el auxilio de Esparta y de Atenas, circunstancia que proporciona ocasión á Heródoto para reanudar la historia de aquellos Estados y demás repúblicas griegas, interrumpida en el libro I, haciendo resaltar sobre todo el rápido progreso y poderío de los atenienses después de sacudir el yugo de los Pisistrátidas: revélase también el genio emprendedor de la joven república en la parte que toma en la insurrección jónica que, comenzada con temeridad é imprudencia y seguida sin vigor y energía suficientes, terminó con la más completa derrota (libro VI). Expone luego Heródoto los nuevos motivos de enemistad que surgieron entre Persia y Grecia, entre los cuales y como uno de los más importantes, aparece la fuga del rey espartano Damarato á la corte de Darío. A este hecho une Heródoto la descripción circuns-

¹⁾ [Al paso que en anteriores relatos el apelativo escitas, ya empleado por Hesiodo según el testimonio de Eratóstenes en Estrabon, 7, p. 300, comprendía á todos los pueblos del norte del Ponto, Heródoto da este nombre á solo un determinado pueblo. Véase sobre este particular á C. Neumann, *Die Hellenen im Skythenlande*, Berlin, 1855, p. 102 y ss.]

tanciada de las relaciones y discordias de los Estados griegos en el período que precedió á la primera guerra médica. La expedición de los persas contra Eretria y Atenas, es el primer golpe dirigido contra la Grecia europea, y la batalla de Maraton la primera gloriosa señal de que aquella potencia asiática que todo lo había invadido y que en ninguna parte halló fin á sus conquistas, encontraría allí su límite. Desde este punto (libro VII) la narración sigue la marcha que prescribe el curso natural de los acontecimientos: preparativos para la guerra, evoluciones de los ejércitos y campañas contra Grecia. La narración en este punto es bastante lenta, lo cual contribuye á aumentar el interés. El relato de las marchas y la revista de las tropas persas dan idea clara y completa de las inmensas fuerzas reunidas, así como las negociaciones entre los diversos Estados griegos dan á conocer también las discordias intestinas que desgarraban á aquellas repúblicas: circunstancias que hacen más sorprendente el resultado final y definitivo de la lucha. A las batallas indecisas de las Termópilas y de Artemision (libro VIII) siguen el combate decisivo de Salamina, descrito con extremadas animación y fuerza de colorido; (libro IX) la batalla de Platea, relatada con igual claridad en cuanto atañe á los sucesos que la precedieron y motivaron y á las circunstancias de que fué acompañada; el combate simultáneo de Micala, y finalmente, los demás acontecimientos que proporcionaron á los griegos ocasión de utilizar su victoria. Aunque la obra no parece terminada, concluye sin embargo con un pensamiento sin duda no expresado por pura casualidad al final del libro, á saber: como Ciro el Grande dijo, no siempre en los países más ricos y más fértiles nacen los hombres más valerosos.

No carece de cierta unidad la historia de Heródoto, no obstante su extensión y la multiplicidad de asuntos que abraza, pues comprende en ella la historia coetánea de todos los pueblos entonces conocidos; pero no es sólo el curso igual y no interrumpido de la narración lo que hace asemejarse la historia de Heródoto á una epopeya, sino que también ciertas ideas predominantes que dan al conjunto de la obra un tono uniforme, y que contribuyen por modo importante á hacer agradable su lectura: entre éstas aparece como principal la idea de un destino inevitable, de un orden universal que ha marcado á cada sér determinado derrotero y límites fijos, y que castiga con la muerte y la ruina, no sólo el crimen y el sacrilegio, si que también el exceso de poder

y de riquezas y el orgullo que á uno y otras suele acompañar. La divinidad ha impuesto al hombre ciertas limitaciones y no permite que las pretera: en esto consiste la envidia de los dioses ($\varphi\upsilon\sigma\iota\sigma\acute{o}\varsigma\ \tau\acute{\omega}\nu\ \delta\epsilon\iota\tau\acute{\omega}\nu$), de que Heródoto habla tan á menudo y á que otros griegos llamaban la Nemesis divina. Heródoto pone de relieve á cada paso la influencia de aquel poder divino, de aquel demonio, como le llama en algún pasaje: así, presenta á menudo á la divinidad vengando en los descendientes los crímenes de los progenitores; á la arrogancia y á la vanagloria cegando el entendimiento para hacer correr al hombre en pos de su propia ruina; y hasta á los oráculos, que deberían ser como voces de alerta contra la violencia y la injuria, engañando con su ambigüedad cuando la temeridad y la pasión se arrojan el derecho de interpretarlos. No sólo la narración histórica, sino también los discursos que Heródoto en ella intercala, tienden, más que á caracterizar los personajes que hablan, sus inclinaciones y sus cualidades, á desenvolver ciertas ideas generales, sobre todo la de la envidia de los dioses y los peligros del orgullo. Estos discursos, en efecto, constituyen más bien el elemento lírico que el elemento dramático de la obra de Heródoto; y si los comparamos á las diversas partes de una tragedia griega, corresponden no al diálogo sino á la parte coral. Heródoto, en fin, demuestra su respeto á la Nemesis, en su moderación y reprimiendo con ánimo perseverante su justo orgullo nacional. Y aunque presenta á los soberanos de Oriente corriendo en pos de su propia ruina con su temeridad y arrogancia y proporcionando victorias á los griegos, muestra, sin embargo, el antiguo Oriente y su precoz civilización como muy dignos de admiración y de respeto; gusta de poner de relieve la magnanimidad de los reyes de Persia; y da á entender á sus conciudadanos, que las más veces habían debido sus triunfos más que al propio esfuerzo y á su habilidad, á una voluntad divina y á ventajas puramente externas. En suma, considerada la obra en su conjunto, no es posible mirar á Heródoto como panegirista de las hazañas de los griegos; y tan cierto es esto, que posteriormente cuando los historiadores retóricos introdujeron la costumbre de relatar estos acontecimientos con gran lujo de palabras, se tildó al sencillo y veraz Heródoto de haber querido deslustrar los heroicos hechos de sus compatriotas ¹⁾.

¹⁾ Plutarco, *De malignitate Herodoti*. (Si esta obra es ó no de Plutarco, es cues-

Heródoto, viendo en todas las cosas humanas el efecto y la influencia del *daemonium* y considerando como deber principalísimo del historiógrafo el poner de relieve aquel influjo, muestra tendencias completamente diversas de las del historiador, que no mira las cosas sino bajo el punto de vista de la naturaleza y de las relaciones humanas. En realidad Heródoto es tan teólogo y poeta como historiador, pues así claramente se desprende del examen de las diversas partes de su obra: no se limita, pues, á exponer lo que la experiencia le enseña, sino que convierte también sus miradas á lo extraordinario y maravilloso. Bajo este respecto, la obra de Heródoto peca de monotonía: los grandes acontecimientos que narra, las empresas gigantescas de los príncipes, las veleidades de la fortuna, las milagrosas vicisitudes, cuadran perfectamente á la descripción de estupendos edificios y otros monumentos portentosos del Oriente, de variadas y á menudo extrañas costumbres de los pueblos, de fenómenos sorprendentes, de productos y animales raros de remotas comarcas. Heródoto ofrecía de esta suerte á sus compatriotas movidos por el interés y deseosos de saber, un cuadro de cosas extrañas y sorprendentes. Nadie negará que en estos relatos, en que describe lo que él no había visto, indujéronle sin duda alguna á error los informes de los sabios, intérpretes y guías, y que á menudo también se dejó arrastrar por el espíritu de ostentación y el gusto por lo maravilloso propio de los orientales; pero fuerza es convenir en que sin su ingenua sencillez, sin su afición á lo extraordinario, sin su respeto por el mundo oriental y sus maravillas, respeto que nunca turban los prejuicios nacionales del ciudadano griego, Heródoto no nos habría transmitido gran número de datos preciosísimos, en los cuales no obstante su carácter fabuloso, la ciencia moderna ha descubierto un buen fondo de verdad. ¡Cuántas veces viajeros, naturalistas, geógrafos y etnógrafos han podido comprobar con admiración la exactitud de noticias y observaciones contenidas en los escritos en apariencia fabulosos de Heródoto! Gran dicha fué que siguiera la máxima que él mismo consigna al

tión que merece atento y detenido examen. Es digna de tenerse en cuenta la extraña apatía con que ya miraban la obra de Heródoto sus mismos contemporáneos. La circunstancia de que Teopompo poseía extractada en dos libros dicha obra, demuestra no sólo que era poco leída, sino que las corrientes del gusto seguían distinta dirección.]

relatar el viaje de circunnavegación del Africa, bajo el reinado de Necos. Después de hacer constar que le parecía increíble que los navegantes viesan el sol á su derecha, añade: «Debo referir cuanto se me ha dicho; pero no quiere esto decir que deba prestar completo crédito á todo, y valga esta declaración para mi obra entera»¹⁾. Heródoto debió haberse aclimatado completamente en Oriente, á juzgar por la exactitud con que retrató la manera de ser de los pueblos de Levante; además, es de todos los griegos el que por sus tendencias y estilo más se asemeja al tipo oriental; de tal suerte que á menudo sus pensamientos y sus expresiones recuerdan singularmente el Antiguo Testamento. Es indudable que á veces pone en labios de príncipes de Oriente ideas que sólo pudieron germinar en el suelo de Grecia, como cuando presenta á los siete magnates persas deliberando acerca de las ventajas de la monarquía, de la aristocracia ó de la democracia²⁾; pero en general copia con admirable verdad la manera de pensar y de obrar de los príncipes orientales, de Jerjes por ejemplo, y hasta nos transporta en medio de los satélites de un déspota persa. Al juzgar las relaciones entre los diversos Estados griegos, da claras muestras de que carecía de la perspicacia política que ya se había despertado entre sus contemporáneos atenienses. Además, hablando de acontecimientos que no fueron en realidad sino consecuencias de las condiciones é intereses de los diversos Estados, da demasiada importancia á las pasiones y tendencias individuales; y á veces hasta llega á atribuir á los estadistas griegos, á los dos Clístenes entre otros, el de Sicione y el de Atenas cuando modifican la división del pueblo en tribus, razones distintas de las que sugiere la misma naturaleza de las cosas³⁾. Por último, refiere anécdotas y fábulas por cuyo medio el vulgo se explicaba entonces y aun hoy mismo, estas y otras aná-

¹⁾ [Estas palabras no se encuentran en el pasaje 4, 42 y 43, en que habla de la circunnavegación de Africa, sino en el 7, 152, con ocasión de una respuesta dada por Artajerjes á una embajada argiva. Análogas manifestaciones hace en otros muchos pasajes, por ejemplo en el 2, 123, 146. 4, 195.]

²⁾ Heródoto, 3, 80. El autor se defiende á renglón seguido, 6, 43, de la imputación de haber puesto en labios de un persa un elogio de la democracia, que los persas no conocían. Este pasaje demuestra bien á las claras que el libro III había salido á luz, por lo menos en parte, antes de que se hallara completamente terminada la obra.

³⁾ [Libro V, 66 y ss.]

logas medidas políticas, cuya razón secreta descubren con seguro acierto estadistas como Tucídides y Aristóteles.

¿Quién, después de hechas estas observaciones acerca de la investigación y del estilo de Heródoto, se atrevería á describir la impresión que produce la lectura de su obra, ni qué lector lo necesita? Creeríase que se oye hablar á un hombre que en el transcurso de larga vida ha visto y aprendido multitud de cosas curiosísimas; que se complace en recordarlas y en comunicar á los demás sus impresiones; y que contando con oyentes infatigables, deseosos de saber y nada impacientes, puede exponer con tranquilidad y holgura cada una de las historias que constituyen el conjunto de su narración, como si todas tuviesen interés propio; sabe que dispone aún de otros relatos más interesantes y curiosos, pero no se apresura para llegar á ellos, porque concede á todo cuanto ha visto y sabido igual importancia. De esta suerte da libre vuelo á su palabra fácil y agradable, relacionando entre sí las cláusulas, como es natural que se haga cuando se trata de relatar pura y simplemente lo que se ha visto, por medio de frases y locuciones que preparan, anuncian, resumen y repiten las ideas. El estilo de Heródoto es el que más se asemeja al discurso hablado, y es de todos los géneros de prosa el menos literario; pues se nota en él á cada paso la necesidad, que se observa siempre en el lenguaje oral, de recursos y resortes para no perder el hilo del discurso y para evitar que lo pierda el auditorio. No se encuentran períodos extensos sino en las arengas en que se comprenden argumentos y objeciones, se exponen cualidades de las cosas ó se deducen consecuencias; pero es fuerza confesar que cuando intenta expresar la conexión lógica de proposiciones diversas, da pruebas de habilidad escasa y no acierta, á pesar de sus esfuerzos, á dar una idea clara y concreta de la recíproca correspondencia de los varios términos del razonamiento. Pero con todos estos defectos, su estilo merece ser considerado como modelo de perfección del discurso oral (λέξεις εἰρομένη), único cultivado por los logógrafos sus predecesores¹⁾. Agréguese á todo esto el tono del dialecto jónico, que Heródoto,

¹⁾ Demetrio, *De elocutione*, § 12. [Véase Aristóteles, *Retórica*, 3, 9, p. 1409, a, 30, λέγω δὲ εἰρομένην, ἢ οὐδὲν ἔχει τέλος καὶ αὐτήν, ἂν μὴ τὸ πρᾶγμα λεγόμενον τελειοῦται. Este estilo es el que más se separa del periódico (λέξεις καταστραμμένη) que empleó Tucídides.]

aunque dorio de nacimiento, tomó de sus predecesores en la historiografía¹⁾, con sus terminaciones largas, sus diptongos, sus formas suaves, y nadie vacilará en reconocer en el libro de Heródoto la obra más perfecta en su género, de cuantas haya podido producir inteligencia humana.

¹⁾ Sin embargo, según Hermógenes, t. 3, p. 399 de Waltz, el dialecto de Hecateo es perfectamente puro; en el de Heródoto se encuentran á menudo expresiones poco jónicas. [Véase E. Curtius, *Griechische Geschichte*, 4.^a edición, vol. 2, p. 817, nota 144, el cual, fundándose en las inscripciones halladas por Newton en Halicarnaso, tiene el jonismo de Heródoto por instintivo y natural, y no por aprendido. Semejante al de Heródoto es el dialecto jónico empleado por Hipócrates.]